

Discurso de la Magistrada Presidenta
Eugenia María Zamora Chavarría
con motivo de la
Entrega de Credenciales a las Alcaldías Electas

Buenas tardes. Señor Ministro de Seguridad Pública y Gobernación, Mario Zamora; señor Magistrado Vicepresidente Max Alberto Esquivel, señora Magistrada Zetty Bou, señor Magistrado Luis Diego Brenes, señora Magistrada Mary Anne Mannix, señoras y señores Magistrados suplentes de este Tribunal; distinguidos integrantes del Cuerpo Diplomático acreditado en Costa Rica; estimados alcaldes y alcaldesas electas, respetables profesionales de la prensa que nos acompañan; señores invitados especiales, amigos y amigas todas. Sean bienvenidos al Tribunal Supremo de Elecciones, casa de la democracia costarricense.

Para la familia electoral es motivo de mucho orgullo y satisfacción celebrar este acto. El proceso electoral, convocado en octubre del año pasado, pero iniciado mucho antes con los procesos partidarios de selección de candidaturas, concluye en este momento en el que les hacemos entrega de las credenciales que les acreditan como representantes populares del pueblo de Costa Rica. Aquí, presencialmente, en nuestro auditorio, a las 84 personas electas en las alcaldías, y, en general, a las y a los 6.612 costarricenses que resultaron favorecidos en las urnas el pasado domingo 4 de febrero.

Fue el proceso electoral más complejo de nuestra historia: dos normativas que significaron una gran presión para los partidos políticos y para este Tribunal: la limitación de la reelección, para casi todos los cargos municipales y la aplicación, por vez primera, de la paridad horizontal en el caso de las candidaturas femeninas, que nos ha permitido pasar de 7 alcaldesas en el año 2002 a 22 en este proceso; y lo sacamos adelante con los más altos estándares técnicos a los que estamos acostumbrados en nuestro país. Así los reconocieron las misiones de observación electoral internacionales que nos visitaron y así se refleja en los estudios de opinión que han consultado a los costarricenses por nuestro desempeño. Haberles cumplido a nuestros compatriotas, este año que celebramos 75 de creación del Tribunal Supremo de Elecciones, es para nosotros y nosotras un honor.

El próximo primero de mayo habrá una renovación democrática de nuestros gobiernos locales y ustedes, señoras alcaldesas y señores alcaldes, asumirán el cargo de mayor jerarquía ejecutiva en cada una de esas municipalidades. Un cargo que es un mandato, una comisión, un encargo que, con genuina confianza, les hicieron sus vecinos y vecinas. Ese será el reto más grande que afrontarán a partir de ahora, el reto que se deriva de ese acto de libertad electoral: no defraudar la confianza de la gente, de quienes votaron por ustedes y de quienes no lo hicieron; porque esta credencial que vamos a entregarles significa que los representan a todos.

Es una feliz casualidad que este acto lo estemos celebrando hoy, 11 de abril, día de conmemoración de la Batalla de Rivas, día en el que celebramos a uno de nuestros únicos tres héroes nacionales: Juan Santamaría. Desde la escuela escuchamos las mismas reflexiones en torno a ese humilde joven alajuelense, su valentía, su espíritu de sacrificio, su amor hecho acto de entrega. ¿Pero amor a qué? A veces se nos olvida que estamos hablando de mediados del siglo XIX, cuando ni siquiera himno nacional teníamos, ni algo que pudiera homologarse a lo que hoy entendemos por democracia. ¡El propio Juan ni soñaba con votar!

No pensaría en la belleza de nuestras playas, por las que hoy somos conocidos en todo el mundo. Probablemente no conoció el mar; ni “Caña dulce” ni “Luna liberiana” habían sido compuestas como para



que le humedecieran los ojos. Para decidirse a empuñar la tea no pudo pesar en su ánimo la defensa de nada de lo que, con razón, ha llenado de elogios a nuestro país, como la creación de la Caja Costarricense de Seguro Social o la abolición del ejército. ¿Qué podría estar defendiendo Juan con tanto amor como para ponerle el pecho a las balas? Muy sencillo: su casa. Su tierra. Su lugar en el mundo. Donde había creado sus primeros recuerdos y donde jugaba de niño. Donde creció al abrigo de su madre sola. Donde se ganaba el pan con el sudor de su frente. Donde quizá se enamoró. Donde veía ponerse el sol al final de cada día.

Ese espacio vital, seguramente de muy pocos kilómetros cuadrados, en los que se desarrolló la corta vida de Juan, era su patria, una patria inmensa, porque en ella cabía todo su mundo, su biografía y, sobre todo, sus seres queridos. ¿Cómo no dar el paso al frente y defenderla? ¿Cómo no luchar para protegerla si de su paisaje eran parte la mirada de su madre, las risas de sus amigos, el olor de sus fogones y su propia piel mulata?

Algunos de ustedes liderarán cantones grandes y populosos. Otros, cantones más pequeños y menos poblados, pero en uno u otro caso se trata del hogar de miles de costarricenses que anhelan, y tienen el derecho de ver florecer ahí sus vidas, ser felices, convivir en armonía y vivir en paz. Y ustedes saben, señores alcaldes y señoras alcaldesas, que hoy afrontamos una amenaza tan grande contra nuestra tierra, nuestras familias y nuestros niños y niñas, como la que aquellos invasores esclavistas representaban. El narcotráfico y lo que lo alimenta -la falta de oportunidades, la corrupción y la cobardía de no ver los problemas y encararlos, como lo hicieron nuestros ancestros-, está robándonos el país, el futuro y la paz.

El pueblo de Costa Rica los ha elegido a cada uno y cada una de ustedes para conducir la gestión local de uno de los 84 pedacitos de Costa Rica. Para quienes allí viven, por más pequeñito que sea ese cantón, es una patria inmensa, es su tierra, y, estoy segura, están decididos a defenderla, entre otros con el liderazgo de ustedes. No pueden defraudarlos. No podemos hacerlo, en especial quienes tenemos responsabilidades públicas. No es tarea, solamente, de nuestras valerosas fuerzas de policía, que hoy nos honran con su presencia. Es una tarea de todos y de todas, cada cual desde su ámbito de competencias. Confío en que, al igual que los contemporáneos de Juan Santamaría, nuestra generación estará a la altura de los tiempos y saldremos adelante.

De corazón: ¡mucha suerte en su gestión!

